

ESTRATEGIAS DE ADAPTACIÓN Y SUPERVIVENCIA DE LA ARISTOCRACIA DURANTE LA USURPACIÓN DE EUGENIO (392-394 D. C.)*

David Natal Villazala.
Universidad de León.

Decía Paulino que poco antes de dejar Milán para luchar contra los ejércitos de Teodosio, Arbogastes y Nicómaco Flaviano habían afirmado que, de vencer en la batalla, convertirían la Iglesia de Milán en establos y a su clero en milicianos¹. El episodio, además de la evidente carga retórica que contiene – en parte fruto de una reinterpretación a posteriori del episodio – pone de relieve como la usurpación de Eugenio (392-394 d.C.) se convirtió en un catalizador de las divergencias religiosas dentro de la aristocracia romana.

Ésa es, al menos, la lectura que dejan translucir las principales fuentes antiguas que abordan el tema, unos textos que, sin embargo, plantean numerosos problemas². En primer lugar porque éstas son fundamentalmente fuentes muy cercanas al niceísmo –cuando no comprometidamente nicenas–

* El presente trabajo ha sido realizado durante el disfrute de una Beca de Formación de Profesorado Universitario del Ministerio de Educación y Ciencia (ref. AP2006-03052).

¹ Paulino, *Vita Ambrosii*, 31; ed. M. Pellegrino. *Verba Seniorum*, n.s., 1, Roma 1961.

² Sobre el problema de las fuentes que abordan procesos de usurpación *Vid.* A. E. Wardmann, "Usurpers and Internal Conflicts in the 4th Century A.D.", *Historia* 33.2, 1984, 220-237; M. V. Escribano Paño, "Usurpación y religión en el s. IV d. de C. Paganismo, cristianismo y legitimación política" en A. González Blanco y J. M. Blázquez Martínez (eds.), *Antigüedad y cristianismo: Monografías históricas sobre la Antigüedad tardía*, Murcia 1990, 247-272.

importante carga propagandística. Además, todas salvo Ambrosio fueron compuestas en el siglo V y aunque la mayoría no son excesivamente posteriores, sin embargo los acontecimientos que vivió Roma en la primera década de la centuria, especialmente el saqueo de 410, fueron suficientes para dejar huella en la interpretación que sus autores harían del levantamiento de Eugenio³. Por último, salvo Rufino y Orosio, todos los demás autores proceden de la parte oriental del Imperio. De esta manera, la fuente más cercana y que además está libre de la impresión que causó el saqueo de Roma es Ambrosio⁴, no obstante un autor suficientemente implicado en el episodio como para pensar que poco de lo que menciona es por casualidad.

Con los datos que estas fuentes aportan se puede reconstruir una sucesión de acontecimientos que se desencadenan a raíz de la muerte de Valentiniano. Un evento oscuro que la mayoría de fuentes cristianas no dudan en atribuir al pagano Arbogastes quien, como por su origen bárbaro no podía tomar el mando, acabó colocando a Eugenio como augusto nominal. Al parecer una gran parte de los senadores paganos, incómodos por la política antipagana de los últimos años⁵, se habrían alineado con Eugenio. Al frente de éstos estaba el propio Flaviano que imprimió al régimen un carácter tradicionalista que, nos cuentan, llevó a revivir los cultos de los antiguos dioses y las prácticas de adivinación a las que éste era aficionado. Nicómaco uniría su destino al del propio levantamiento hasta el punto de suicidarse tras el fracaso del mismo. Según estas mismas fuentes, la aristocracia cristiana capitaneada por los

³ Rufino (*Historia Eclesiástica* XI,31-34; eds. E. Schwartz y Th. Mommsen, GCS, 1908, 957-1040) termina su obra alrededor de 402-403 después de haber vivido el asedio de Milán por los godos; Orosio (*Historias* VII, 35; ed. M.-P. Arnaud-Lindet, París 1991) escribe en torno a 418; Sócrates (*Historia Eclesiástica* V, 25-26; trad. P. Périchon. y P. Maraval, *SCh* 477, 2004) finalizaría en torno a 439; Sozomeno (*Historia Eclesiástica* VII 22-25; ed. J. Bidez, GCS 50, 1960) alrededor 440 o 443; Filostorgio (*Historia Eclesiástica* XI, 1-2; ed. J. Bidez, GCS 21, 1913) entre 425 y 433; y Zósimo (*Nueva Historia* IV, 53-59; ed. F. Paschoud, París 1970-1989) sobre 503.

Sobre el particular, Vid. J. Szidat, "Die Usurpation des Eugenius", *Historia* 28. 4, 1979, esp. 487- 489.

⁴ Especialmente de Ambrosio las *Epistulae extra Collectionem* 2 [Mauristas 61]; *extra coll.* 3 [Maur. 62] y *extra coll.* 10 [Maur. 57] (CSEL 82.3, ed. M. Zelzer, 1982); y el *De Obitu Valentiniani* (CSEL 73, ed. O. Faller, 1955, 327-367)

⁵ En especial hostigados por las últimas medidas de Teodosio en tiempos ya de la usurpación, *C.Th* 16.10.12 del 8 de noviembre de 392.

obispos, especialmente por el de Milán, se habría mostrado fiel al gobernante legítimo.

Los autores antiguos, de este modo, convirtieron a Ambrosio y a Flaviano respectivamente, en protagonista y antagonista de una narración en tiempo lineal que abocaba teleológicamente a la derrota del paganismo, consumada con la intervención de Teodosio y la reinstauración de las leyes antipaganas.

Siguiendo esta lectura, no extraña que la lucha entre Eugenio y Teodosio haya sido interpretada como el primer *Religionskrieg*⁶ – contaminado muchas veces por la visión de las guerras de religión europeas de la Edad Moderna – o *the last pagan revival*⁷, el último intento de los paganos por recuperar los privilegios y el status de religión pública.

Más recientemente, sin embargo, se ha puesto de manifiesto cómo el posicionamiento de la aristocracia, más que de una cuestión religiosa, dependió de un frío cálculo político⁸. De hecho, el régimen de Eugenio y Arbogastes nunca se manifestó explícitamente pagano. Incluso es muy probable que el propio Eugenio fuera un cristiano – aunque “insincero”⁹ –

⁶ Vid. J. Szidat, *op.cit.*, 487, n. 4.

⁷ H. Bloch, "A New Document of the Last Pagan Revival in the West, 393-394 A.D.", *The Harvard Theological Review* 38.4, 1945, 199-244 e id. "El renacimiento del paganismo en Occidente a finales del siglo IV" en A. Momigliano et alii (eds.), *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid 1989, 207-32.

⁸ Vid. J. Szidat, *ibid.*; J. J. O'Donnell, "The career of Virius Nicomachus Flavianus", *Phoenix* 32, 1978, 129-143; N. B. McLynn, *Ambrose of Milan: church and court in a Christian capital*, Berkeley 1994, esp. 341 y ss.; J. H. W. G. Liebeschuetz, *Ambrose of Milan: political letters and speeches*, Liverpool 2005, 216 y ss.

⁹ Eso afirma al menos Sozomeno (*HE* VII, 22), aunque Filostorgio (*HE* XI, 2) recoge que era pagano. El hecho de que Ambrosio (*Ep. extra Coll.* 2 [Maur. 61]), la fuente más cercana a los hechos, y Orosio (*H* VII,35,11) sólo mencionen que Arbogastes es pagano y omitan el credo de Eugenio – cosa que también hacen las otras fuentes cristianas, Rufino (*HE* XI,31-34) y Sócrates (*HE* V, 25) – puede indicar que efectivamente fuera cristiano, un dato que no interesa dar a conocer a quienes intentan presentar esta batalla como la guerra religiosa que conduce a la derrota final del paganismo. Zósimo (*NH* IV, 53-55;), que era pagano, realiza por su parte una descripción muy halagüeña de Eugenio y Arbogastes sin mencionar el credo de ninguno de ellos. Aunque no se ocupa de este problema en concreto, sobre la peculiaridad de Filostorgio como fuente, *uid.* G. Marasco, *Filostorgio. Cultura, fede e politica in uno storico ecclesiastico del V secolo*, Roma 2005.

que, ante la ofensiva ortodoxa de Teodosio¹⁰, se viera forzado a recabar apoyos entre todos los no nicenos¹¹.

Así, Flaviano no (al menos no exclusivamente) fue un fervoroso pagano que apoyó a la desesperada el último intento de restaurar los antiguos dioses. Al margen de la afinidad ideológica que podía unirle con el régimen del usurpador, la suya habría sido la opción meditada de quien, buscando alternativas de promoción, cometió un error de cálculo. Más difícil de precisar fue la postura de Ambrosio, por mucho que Paulino se esforzara en presentarlo como azote de Eugenio. Inmediatamente después de la batalla el obispo envió dos cartas a Teodosio en las que justificaba su ausencia de Milán durante el tiempo que duró la usurpación y reafirmaba su lealtad a la dinastía legítima. Queda así claro que incluso para los propios contemporáneos la fe que se profesaba no constituía el criterio inapelable que definía a partidarios o detractores de la usurpación, e incluso un vehemente ortodoxo como Ambrosio podía ser puesto en duda.

Se puede afirmar que, en el contexto del levantamiento de Eugenio, la aristocracia se escindió sobre la base de distintos factores entre los que se encontraban la afinidad ideológica y la religión, pero también el cálculo individual en base a los beneficios previstos y las conexiones familiares, clientelares o de las redes de *amicitia* política. Dependiendo de cada caso, el peso específico de cada factor fluctuó y se combinó haciendo más deseable una u otra opción.

De este modo, es cierto que la usurpación de Eugenio catalizó las diferencias existentes dentro del estrato aristocrático y forzó a que sus integrantes se decantaran por opciones enfrentadas, exteriorizando los procesos de pugna aristocrática subyacentes en este periodo. De tal manera la usurpación fue causa y consecuencia de la lucha aristocrática, porque si bien fue (entre otros motivos) la competencia en las elites la que alentó los movimientos de usurpación, asimismo un proceso como el levantamiento de Eugenio forzaba a que las alianzas establecidas dejaran de ser fluctuantes y obligaba a tomar partido por un bando. No obstante, como se verá, una postura muy común (quizá la más común) fue mostrarse cauto y no comprometerse hasta que fuera evidente qué parte sería la ganadora del conflicto.

¹⁰ *Vid.* n.5.

¹¹ Sobre el *topos* de la religiosidad e irreligiosidad para definir al emperador legítimo y al *tyrannos* respectivamente, *Vid.* M. V. Escribano Paño, *op. cit.*, 255.

Sin embargo, paradójicamente, procesos de lucha y división como el levantamiento de 392, también constituían implícitamente momentos muy propicios para el desarrollo de mecanismos de solidaridad y de cohesión en las elites. Porque junto a las tensiones disgregadoras, dentro del grupo aristocrático actuaban contrapuestas otras fuerzas centrípetas como las redes de *amicitia*, las conexiones familiares y los intereses de clase, que vertebraban el vértice social del Imperio y le proporcionaban una evidente conciencia de identidad¹². Los procesos de convulsión política como el de Eugenio, al mismo tiempo que hacían aflorar las luchas internas, ponían en marcha toda una serie de procedimientos de cohesión que aseguraban la capacidad de intervención del grupo a pesar del cambio político y suavizaban las responsabilidades legales y las represalias que se pudieran derivar del conflicto. Usando estos medios en función de su habilidad política y de su posición en el grupo, los aristócratas podían sobrevivir e incluso salir reforzados del trance.

En el presente trabajo se pretende analizar estos mecanismos de supervivencia que emplearon las elites para enfrentarse a la emergencia de un poder ilegítimo – pero que acabó convirtiéndose en el referente político y en la fuente de poder durante su vigencia – y a la incertidumbre que provocó la posibilidad inminente de cambio político. Para ello se han escogido los casos de Símaco, Ambrosio y Nicómaco Flaviano que ofrecen – además de una mayor documentación – tres estrategias distintas empleadas para afrontar el peculiar contexto político. En función de la postura adoptada, cada uno de ellos (en el caso de Nicómaco ello correspondería a su hijo) se vería obligado a recurrir a distintos procedimientos para mantenerse en el poder, una vez que todo hubo pasado y hubo regresado el gobernante legítimo. La existencia de estos mecanismos de cohesión y supervivencia aconseja ser prudente a la hora de hablar de fractura de la aristocracia en relación con la usurpación de Eugenio.

¹² Símaco por ejemplo, afirma de los senadores que son la *pars melior humani generis*, *Epistula* 1.52 (ed. J.-P. Callu Collection des universités de France, París 1982; trad. española J. A. Valdés Gallego, Madrid 2000-2003).

1. LA *PRUDENTIA* ARISTOCRÁTICA

En mayo de 392 llegó a Italia y a Constantinopla la noticia de que el joven Valentiniano II había muerto en Vienne. Las conocidas desavenencias con Arbogastes, su *magister militum praesentalis* – y en realidad hombre fuerte de la política occidental – no tardaron en provocar dudas sobre si verdaderamente se había tratado de un suicidio, como el general franco afirmaba¹³. Ambrosio se enteró del incidente justo cuando estaba preparando su viaje a Vienne para bautizar al emperador, que renunciaba así al arrianismo en una maniobra que tenía fuertes connotaciones políticas¹⁴.

En los momentos posteriores a la muerte la posición de Teodosio fue prudente y muy poco clara. El propio Ambrosio le reprocharía sutilmente la tardanza en dar noticias y en encargarse del funeral del joven emperador¹⁵. Pero cuando éste se celebró, también el discurso del obispo en honor del difunto (*De Obitu Valentiniani*) sería toda una muestra de prudencia y habilidad política.

El momento no era para menos. En principio parecía que la situación estaba controlada por el emperador, que desde la derrota de Máximo y a la vez que confinaba a Valentiniano en Galia, había tratado de alinear consigo los puestos clave de Occidente. Por ejemplo, había nombrado prefecto del pretorio a Nicómaco Flaviano pensando atraerse así las afinidades de una gran parte del Senado que se había mostrado desafecta durante la usurpación de Máximo. Pero, por otro lado, había sido el propio augusto quien había confiado el mando militar occidental a un pagano como Arbogastes y había favorecido una situación de *vacuum* político en Italia, evitando que Valentiniano ejerciera aquí sus derechos dinásticos en previsión, quizá, de su

¹³ Rufino (*HE* XI, 31), recoge las dudas de la gente sobre la muerte de Valentiniano; Sócrates (*HE* V, 25) y Sozomeno (*HE* VII, 22) afirman que Arbogastes y Eugenio habían acordado la muerte de Valentiniano que es estrangulado mientras duerme, muy parecido a la versión de Filostorgio que añade que una vez estrangulado lo cuelga de un árbol parra simular el suicidio (*HE* XI,1); incluso Zósimo (*NH* IV, 54) recoge que Arbogastes mata al emperador, aunque justifica su actuación por la gran valía de éste como general y de Eugenio como futuro emperador. *Vid.* B. Croke, "Arbogast and the death of Valentinian II", *Historia* 25.2, 1976, 235-44; P. Grattarola, "La morte dell'imperatore Valentiniano II", *RIL* 113, 1979, 359-70.

¹⁴ Ambrosio, *De Obitu Valentiniani*, 24,

¹⁵ Ambrosio, *Ep.* 25, 5 [Mauristas 53], *CSEL* 82.1, ed. O. Faller, 1968.

propia sucesión dinástica en la persona de Honorio. Es posible incluso que en la disputa entre el *magister militum* y Valentiniano sobre quien debía ejercer el mando del ejército galo que se enviaría a los Balcanes, Arbogastes sólo estuviera siguiendo órdenes de Teodosio¹⁶. Además, a pesar de la teórica posición dominante del emperador legítimo, éste mantenía una actitud desconcertantemente reservada, y después de más de un mes sin agosto en la *Pars Occidentis* comenzaba a sentirse un vacío de poder que abría innumerables incógnitas sobre el futuro político. Y por si fuera poco estaba el recuerdo de la anterior usurpación de Máximo, que se había instalado en Occidente entre 383 y 388.

Ante esta situación Ambrosio elaboró un inusualmente cauto discurso en el que se evitaban las referencias a la muerte de Valentiniano y la confrontación directa con el general franco, mencionando, sin detenerse en el tema, la existencia de desavenencias y dando a entender que opinaba verdaderamente que se había tratado de un suicidio¹⁷. Además, y al contrario que en otros discursos fúnebres, el obispo no añadió ninguna referencia al futuro político, algo que sí haría sólo dos años después en el *De Obitu Theodosii*, donde son continuas las alusiones a la dinastía y a Estilicón¹⁸. Ahora las hermanas de Valentiniano y la figura de Graciano, muerto nueve años antes a manos del usurpador Máximo, sustituyen el papel del sucesor y constituyen uno de los centros de interés del poema. Quizá estas alusiones a Graciano sean el único atisbo de las dudas de Ambrosio sobre la tesis del suicidio y un intento muy sutil de poner en relación ambas muertes. El otro centro del poema es el propio Ambrosio y sus sentimientos respecto a la desaparición del joven agosto¹⁹.

De esta manera, Ambrosio logró sortear la primera prueba a la que lo sometería este episodio, sin embargo la situación que se presentaba en un futuro inmediato era absolutamente incierta. Más para alguien que justo antes de la muerte de Valentiniano estaba en el cenit de su carrera.

Las dudas tampoco se despejarían dos meses después, cuando Eugenio asumía, a propuesta de Arbogastes, el Imperio en Occidente y enviaba legados a Teodosio con el fin de ser reconocido²⁰. Lo esperable, sin embargo,

¹⁶ N. B. McLynn, *op. cit.*, 336 y ss.

¹⁷ Ambrosio, *De Ob. Valent.* 25.

¹⁸ Ambrosio, *De Obitu Theodosii*, CSEL 73, 369-401.

¹⁹ N. B. McLynn, *op. cit.*, 333-337; J. H. W. G. Liebeschuetz, *op. cit.*, 359 y ss.

²⁰ Como cuentan Zósimo (*NH* IV, 54), Orosio (*H* VII, 35, 11) y Filostorgio (*HE* XI, 2) la opción más probable es que Arbogastes, dado su origen bárbaro, haya

era que Teodosio lucharía por consolidar su dinastía también en Occidente. Un plan que posiblemente había comenzado a fraguar tras la victoria sobre Máximo – como parecen confirmar sus medidas posteriores – y que se haría evidente cuando el 23 de enero del año siguiente nombrara a Augusto a Honorio.

Que Teodosio no reconociera al usurpador tampoco aclaraba las cosas. No se sabía si el nuevo poder sucumbiría de inmediato o si, por el contrario, sería capaz de asentarse y, si esto ocurría, por cuánto tiempo duraría. O incluso – después del resultado de Adrianópolis todo era posible – cabía la posibilidad de que el usurpador acabara por expulsar a la dinastía legítima de Teodosio y Gala. Por eso, los emperadores debían comenzar cuanto antes a movilizar sus recursos y a fomentar una base de apoyo firme entre las aristocracias. En este sentido cabe entender la ley de Teodosio del 8 de noviembre de 392²¹, que reiteraba las prohibiciones del culto pagano y que suponía un frontal ataque al régimen de Arbogastes y una señal que indicaba a los cristianos de quién podrían esperar más en el futuro. Eugenio, aunque posiblemente cristiano²², entendió entonces que sus posibilidades pasaban por la tolerancia religiosa y el acercamiento a los heterodoxos y paganos. De este modo, estas medidas religiosas facilitaron el entendimiento entre los usurpadores y los no nicenos, aún cuando la toma de posición final se hiciera fundamentalmente en base a un cálculo político²³.

Sin embargo, como bien sabía la aristocracia, más que a través del compromiso con una parte, la supervivencia pasaba por mantenerse expectante y abierta a todas las alternativas. Aquí, la anterior usurpación de Máximo había sido una excelente escuela. Entonces, y a pesar del cristianismo ortodoxo del general, Símaco se había puesto de parte de la usurpación. Algo que en aquella ocasión tampoco era una temeridad dado que la posición de Máximo era considerablemente estable. Más aún si

elegido a un romano sin conocimiento ni poder militar como emperador nominal para de este modo poder ejercer el poder en la sombra. Sin embargo, según Sozomeno (*HE* VII, 22) habría sido Flaviano, devoto practicante de todos los medios para conocer el futuro, el que convence a Eugenio de su predestinación para el trono. La alusión se explica como un medio para desprestigiar al prefecto pagano y por extensión a los métodos de la religión pagana. Sócrates (*HE* V, 25) concede una mayor iniciativa a Eugenio.

²¹ *C. Th.* 16.10.12.

²² *Vid.* n. 9.

²³ J. Szidat, *op. cit.*, 493.

tenemos en cuenta que la fidelidad de Símaco – incluso escribió un panegírico en honor de la inauguración del consulado del general el 1 de enero de 388 – data de cuando Teodosio todavía no había roto oficialmente con aquél y cuando no era descabellada la posibilidad de que llegara a ser reconocido augusto²⁴. Finalmente, la derrota de la usurpación haría que Símaco y el resto de sus apoyos cayeran en desgracia en los años posteriores a 388 como castigo a su infidelidad hacia el poder legítimo. Sin embargo, ya en 391 el senador volvía a estar totalmente recuperado, hasta el punto de ser elegido cónsul para ese año, un cargo poco usual para un civil a estas alturas del siglo IV²⁵. Incluso en su discurso de agradecimiento, lejos de amilanarse, tuvo la suficiente confianza para volver a insistir en la cuestión del Altar de la Victoria.

Un caso distinto había sido Ambrosio. Éste había demostrado ser todo un superviviente político, combinando una actitud muy cauta y nada definida en unas ocasiones – incluso con ciertos acercamientos al general hispano, que llega a ser temporalmente reconocido por Teodosio – con un posicionamiento claro a favor del gobernante legítimo en otras. Así, aunque Ambrosio ejerció dos veces como embajador de Valentiniano ante Máximo²⁶, no debía de ver con malos ojos el apoyo que el usurpador le prestaba frente a la corte arriana de Milán.

Y es que en aquel momento, el hecho de que existiera un emperador legítimo en la propia Milán, implicaba que cada escala de poder exigía actuaciones contrapuestas que Ambrosio debía contemporizar si quería mantener su autoridad en la comunidad y en el contexto imperial. Una situación que se complicaba más aún por la presencia de un augusto *senior* en la parte oriental que compartía fe, origen y posiblemente redes de amistad con el usurpador, pero que, como finalmente ocurrió, era muy probable que tomara partido por la dinastía legítima.

Cuando todo acabó, Ambrosio supo beneficiarse de la intervención de Teodosio, que alejó a Valentiniano y su corte arriana (la emperatriz Justina ya había fallecido) a la Galia y permaneció en Italia durante dos años. En este tiempo el obispo y el emperador mantuvieron un pulso político – a través de los *affaires* de la sinagoga de Calínico y la masacre de Tesalónica,

²⁴ Sócrates (*HE* V,14); J. Matthews, *Western Aristocracies and Imperial Court, A.D. 364-425*, Oxford 1975, 229.

²⁵ J. Matthews, *ibid.*, 16.

²⁶ Ambrosio, *Ep.* 30 [Maur. 24].

que dio lugar a la excomunión de Teodosio – del que la autoridad de Ambrosio saldría enormemente reforzada²⁷. La última actuación de Valentiniano, que había decidido renegar de su arrianismo y entrar en la ortodoxia de la mano del propio Ambrosio, venía a redundar en la *auctoritas* adquirida por el obispo. Si para el joven emperador ello suponía comenzar a tomar la iniciativa e intentar situarse en un plano de igualdad con Teodosio; para Ambrosio implicaba una nueva actuación en la escala imperial. Paralelamente, a nivel de su diócesis, la imposición del obispo sobre la comunidad arriana, judía y pagana comenzaba a ser evidente.

Tal era la autoridad de Ambrosio que el propio Símaco se vio obligado a pedir favores para sí mismo y para aquéllos que como él habían cometido el error de estar del lado del perdedor. Así en su *Epistula* III.33 Símaco pide a Ambrosio que salve a Ceciliano, un "varón inmejorable pero envuelto en el odio de una época de tiranía", a quien se le obligaba a devolver los salarios percibidos en época de la usurpación²⁸. Ello demuestra cómo tampoco en aquella ocasión la opción religiosa había constituido un factor determinante en la filiación de la aristocracia. Asimismo, pone de manifiesto cómo la usurpación no había supuesto una fractura fuerte en este estamento, o al menos no suficientemente fuerte como para resquebrajar los lazos de la *amicitia* y la solidaridad corporativa. Estas relaciones entre los aristócratas permitían que equivocarse de bando no significara la inhabilitación total de la vida política. Así lo evidencia el caso de Símaco, que en tan sólo dos años volvió a recuperar su buen nombre, posiblemente gracias al apoyo de gente como Ricomeres²⁹ y Nicómaco Flaviano³⁰.

²⁷ Rufino (*HE* XI,16). Vid. D. H. Williams, *Ambrose of Milan and the end of the Nicene-Arian conflicts*, Oxford 1995.

²⁸ Existen dudas sobre la datación de la usurpación a la que se refiere la carta. Para L. Cracco Ruggini, "Il paganesimo romano tra religione e politica (384-394 d. C.): per una reinterpretazione del *Carmen contra paganos*", *Atti della Accademia Nazionale dei Lincei*, Roma 1979; N. B. McLynn, *op. cit.*, 351 y C. Martínez Maza (trad.), *Carmen contra paganos*, Huelva 2000; la carta es de 388 y se refiere a la usurpación de Máximo (al igual que el citado *Carmen*). Para J. Matthews, "The Historical Setting of the *Carmen contra paganos*", *Historia* 19.4, 1970, 476, el contexto de la epístola (y del *Carmen*) es la usurpación de Eugenio y por tanto de 394.

²⁹ Símaco, *Epp.* III.62, 63, 65, etc.

³⁰ Símaco, *Epp.* II. 43; II.52, etc.

La *Realpolitik* imponía una simbiosis entre el poder central y las clases altas en la que ambos se veían forzados a ceder y consensuar. Símaco y Flaviano deberían aceptar la política antipagana de Teodosio pero a cambio seguían manteniéndose a flote y ostentando cargos de responsabilidad. Por su parte, el emperador debía perdonar las infidelidades de una aristocracia que bullía en permanentes tensiones en busca del ascenso, pero que resultaba indispensable para la gobernabilidad del Imperio. Además, este alarde de *clementia principis* (no por casualidad era un atributo imperial) justo después de una usurpación ponía de manifiesto la distancia que existía entre el gobernante legítimo, cúmulo de todas las virtudes que conformaban el *Herrscherideal* tardoantiguo, y el *tyrannus*, carente de las mismas y cargado de *uitia*³¹. Así, durante su estancia en Italia entre 388 y 391, Teodosio perdonó a los desafectos y concedió honores a senadores romanos y líderes paganos como Flaviano. Incluso se ha llegado a hablar de un *revival* del paganismo, aunque más bien haya que atribuirlo a las presiones políticas resultantes de las dinámicas internas de la propia aristocracia³².

Con esta experiencia, no es de extrañar que cuando comenzó a tomar forma el carácter de la nueva usurpación la postura de la aristocracia fuera de extrema cautela. Símaco apenas es visible durante el periodo, aunque es de suponer que veladamente era partidario de los conjurados, con los que compartía indudables afinidades ideológicas, especialmente con Flaviano y Arbogastes. Así parece mostrarlo el hecho de que no cesara la correspondencia con "su hermano Flaviano" y que posiblemente al final de este periodo entregara la mano de su hija a Nicómaco Flaviano hijo. Además, la relación del senador con Eugenio se retrotraía como mínimo a 385 cuando el futuro usurpador hizo de correo (una de las formas clásicas de extensión de las redes de *amicitia*) de una carta que Símaco envió a Ricomeres, con quien paradójicamente los ejércitos usurpadores tendrían que vérselas nueve años más tarde³³. Estas relaciones con los conjurados permitieron que el hijo de Símaco celebrara su cuestura en 393, para lo cual el senador envió

³¹ M.V. Escribano Paño, *op. cit.*, 249; A. Lippold, "Herrscherideal und Traditionsverbundenheit im Panegyricus des Pacatus", *Historia* 17.2, 1968, 228-50.

³² J. Matthews, *Western Aristocracies...*, 230 y ss.

³³ Símaco, *Ep.* III.62. En realidad Ricomeres comandaba la caballería de Teodosio pero murió antes de entablar la batalla del Frigido. Zósimo (*H* IV, 55,2-3) *PLRE* I, 765-766.

dípticos a Eugenio y a Nicómaco, en los que aprovechaba para felicitar a este último por su consulado, aunque no hubiera sido reconocido por Teodosio³⁴.

La posición de influencia de la que gozaba Símaco durante la usurpación queda de manifiesto por las cartas de recomendación y de asistencia que escribió en estos momentos, principalmente a Flaviano y a Félix, otro personaje que después de servir a las órdenes de Eugenio llegaría a cuestor del palacio imperial entre 395 y 397, y a prefecto de Roma en 398³⁵. Precisamente a éste último le solicitaría que reiterara ante Eugenio (previamente lo había hecho él en una carta que había enviado directamente a la corte) su agradecimiento, posiblemente por la cuestura de su hijo³⁶.

De esta manera, también durante la usurpación, Símaco pudo seguir ejerciendo como patrón y concediendo favores a sus redes de amistad merced a las grandes influencias de que gozaba en la corte. Pero el prudente segundo plano en que se mantuvo ahorraría a Símaco los malos tragos con que se tendría que enfrentar su consuegro, entre otros.

Por el contrario, la situación de Ambrosio le obligaba a tomar una estrategia distinta. A éste, como se ha visto, le fue imposible desde el principio mantenerse al margen. Al poco tiempo de tomar el mando y conscientes del poder del obispo, Arbogastes y Eugenio intentaron establecer relación con el prelado milanés, pero sólo obtuvieron por respuesta el silencio, quizá porque, como Símaco, Ambrosio sabía que lo mejor era no implicarse. Para complicar las cosas, en enero de 393 Eugenio viajó a Milán con la intención de establecer allí su corte, precisamente para atraerse los apoyos de la aristocracia italiana. Para Ambrosio comenzaba a ser extremadamente difícil no comprometerse en ningún sentido, de manera que decidió abandonar la ciudad. No obstante, consciente de la importancia de la imagen pública del poder, Ambrosio fue capaz de manipular la situación en una carta en la que exponía al usurpador los motivos de su silencio y su ausencia³⁷. En ella afirmaba que, temeroso de Dios, abandonaba Milán porque Eugenio había vuelto a sufragar los cultos paganos, y que no había

³⁴ Símaco, *Epp.* II. 46; 76; 77; 81 etc.

³⁵ *PLRE* II, 459.

³⁶ Símaco, *Ep.* V.49. Por razones evidentes en el epistolario de Símaco no se ha conservado ninguna de las cartas que dirigió al usurpador y a las que se alude en distintas misivas.

³⁷ Ambrosio, *Ep. ex coll.* 10 [Maur. 57]. Sobre el episodio en que se enmarca esta carta *uid.* N. B. McLynn, *op. cit.*, 342 y ss.; J. H. W. G. Liebeschuetz, *op.cit.*, 257 y ss.

contestado a sus cartas porque había previsto que esto iba a pasar ya en el momento de su proclamación. De este modo consiguió hacer de su actitud oportunista todo un despliegue de la *auctoritas* episcopal.

Sin embargo, es muy probable que la carta que se conserva no sea la original enviada a Eugenio y haya sido objeto de una reelaboración a posteriori³⁸. Ambrosio mandó la epístola cuando la corte de Eugenio, asentada ya en Milán, se había convertido en el único poder de referencia en el Occidente romano. La finalidad del obispo sería, por tanto, romper su silencio e iniciar un acercamiento estratégico con la corte del usurpador. Por ello, es improbable que Ambrosio osara, como hace en la carta conservada, plantear tan bruscamente que su huida de la ciudad fue un exilio voluntario para evitar el contacto con los pecadores.

De hecho, el obispo había programado su ausencia para que ésta se pareciera más a un *tour* rutinario por su provincia que a un desplante ante el emperador. Así, vistas las dificultades que ofrecía el momento para reafirmar su poder a escala imperial, Ambrosio dedicaría su huida a reforzar su autoridad dentro de la Iglesia y de las comunidades de Italia septentrional que, como Milán, se hallaban escindidas por la presencia de paganos, arrianos y judíos³⁹. No por casualidad, fue en este momento cuando se produjo una nueva *inventio* de santos – Vital y Agrícola – dentro de un cementerio judío. Ambrosio tenía ya una cierta experiencia en el descubrimiento de restos de mártires. En 386 Ambrosio había encontrado los cuerpos de Gervasio y Protasio, precisamente en un momento en que su autoridad dentro de la ciudad estaba siendo cuestionada (en el contexto de la conocida “batalla por las basílicas” que el obispo libró contra la corte arriana de Justina) y la comunidad milanesa se escindía por la lucha religiosa⁴⁰.

La solución de Ambrosio para mantenerse en ese limbo político que permitía en todo momento la vuelta atrás era tan desesperantemente ambigua que no pudo convencer totalmente a Eugenio, como tampoco lo haría con

³⁸ También las cartas fuera de la Colección de Ambrosio tendrían una vocación de publicidad y una edición posterior, *uid.* J. H. W. G. Liebeschuetz, *op.cit.*, 38.

³⁹ *Vid.* D. H. Williams, *op.cit.*

⁴⁰ Ambrosio, *Ep.* 77 [Maur. 22]; Paulino, *Vita Amb.*, 14. *vid.* P. Brown, "The rise and function of the holy man in Late Antiquity," *Journal of Roman Studies* 61, 1971, 80-101; J. San Bernardino Coronil, *El Santo y la Ciudad. Una aproximación al patrocinio cívico de los santos en época teodosiana (386-410 d. C.)*, Écija 1996, esp. 27-53.

Teodosio más tarde. Pero de momento le permitía ganar tiempo y aguardar el desenlace de los acontecimientos sin exponerse peligrosamente.

Por el contrario, otros decidieron arriesgarse y apostar a la baza de Eugenio. Muchos de ellos, elites paganas acuciadas por las medidas antipaganas de Teodosio que podían hacer peligrar su status a favor de familias que, como los *Anicii*, ya habían tomado posiciones de ventaja de cara al nuevo Imperio⁴¹. Eugenio se vio así asumiendo el apoyo de paganos y arrianos. La relación con este grupo no era nueva porque Arbogastes, que sí era pagano, ya había mostrado su apoyo a la legación de senadores gentiles que, comandados por Símaco, solicitaron en 384 la reposición del Altar de la Victoria ante la corte de Valentiniano y Justina.

El caso más claro de aristócrata alineado con Eugenio fue el de Nicómaco Flaviano, que curiosamente había sido, como se ha dicho, prefecto del pretorio de Teodosio entre 389 o 390 y finales del verano de 392. El acceso a una de las magistraturas más importantes de la *pars* occidental del Imperio⁴², no significó la lealtad del senador al emperador hispano, que posiblemente tampoco confió en ello nunca. El nombramiento era una solución de compromiso a través de la cual Teodosio, recién salido de la usurpación de Máximo, se intentaba ganar a una parte de los paganos, al tiempo que Flaviano, además de ver compensadas sus ambiciones, obtenía una importante autonomía de acción. De hecho, cuando el emperador le pidió que solicitara a Valentiniano tropas de ayuda contra los bárbaros, Flaviano se negó, por lo que la embajada sería encargada a Ambrosio, que no dejaba pasar ninguna ocasión que le permitiera mostrar su rol político y su capacidad de intervención a escala imperial sin incurrir en riesgos graves⁴³.

Este intento por parte de Teodosio de mostrar una actitud de objetividad para tratar las diferencias religiosas en interés de la solidaridad política – desplegado a través de la diversidad de gentes que trabajan para él – saltó por los aires cuando irrumpió la usurpación de Eugenio y la religión se convirtió

⁴¹ T. S. Mommaerts y D. H. Kelley, "The *Anicii* of Gaul and Rome" en J. F. Drinkwater y H. Elton (eds.), *Fifth-century Gaul: a crisis of identity?*, Cambridge 1992, 111-22; confirman las importantes conexiones de esta familia en la Galia del siglo V, emparentados con obispos y emperadores, y cuya descendencia estará relacionada con los Carolingios y los Capetos.

⁴² P. Porena, "Trasformazioni istituzionali e assetti sociali: i prefetti del pretorio tra III e IV secolo" en R. Lizzi Testa (ed.), *Le trasformazioni delle "élites" in età tardoantica*, Roma 2006, 325-56.

⁴³ Ambrosio, *De Ob. Valent.* 24.

en un instrumento muy valioso para definir los bandos, aunque sólo sea retóricamente. Sin embargo, los pasos se habían comenzado a dar con anterioridad, especialmente cuando la presión de Ambrosio logró el insólito hecho de la penitencia imperial en 390, algo que debió de resultar absolutamente incomprensible para los aristócratas paganos como Flaviano⁴⁴. Cuando en el contexto de la muerte de Valentiniano, el cargo de éste fue revocado dentro de la primera ofensiva de Teodosio, el senador (y otros) acabaría ligándose a Arbogastes, quien volvió a recuperarlo como *praefectus pretorium iterum* a principios de 393 y hasta la derrota de los usurpadores⁴⁵. La implicación de Flaviano en el levantamiento fue total a partir de este momento e incluso su hijo desempeñaría en el gobierno ilegítimo el cargo de *praefectus urbi*.

A Flaviano, como a Ambrosio, la autoridad personal y la importancia del cargo que desempeñaba tampoco le habían permitido permanecer en un segundo plano cuando se produjo la usurpación. Sin embargo, al contrario que el obispo, el senador no supo o no quiso optar por la ambigüedad como estrategia de supervivencia. Seguramente aunque hubiera querido tampoco podría haberlo hecho en los mismos términos que el obispo. El rumbo que los acontecimientos habían tomado, especialmente desde Graciano, hacían que Flaviano y sus redes de amistad y clientela políticas – con un núcleo de senadores paganos – estuvieran en una posición que no era la más ventajosa para afrontar el inminente futuro político en un Imperio Cristiano.

Los cambios en el modelo político exigían correspondientes adaptaciones en sus elites en aras de la supervivencia. Y si Flaviano quería seguir manteniendo su status y al mismo tiempo jugando las mismas cartas que en el pasado, su solución pasaba por confiar en que modelos políticos como el que parecían representar Eugenio y Arbogastes prosperaran. Flaviano podía esperar mucho de una usurpación débil que tendría que conceder privilegios a los distintos grupos de presión si quería fomentar una base de apoyo social. Los senadores paganos tenían por tanto una oportunidad clara de recuperar el terreno perdido. Además, desde la muerte de Graciano no había habido en Italia ningún soporte de la vieja dinastía en torno a quien reunirse, e independientemente de lo que fuera a durar Eugenio, éste era, de momento, la única fuente de poder político a gran escala en Occidente. Por otra parte, la política de Teodosio, centrada en la *pars* oriental, ha dejado de lado los

⁴⁴ J. Matthews, *Western Aristocracies...* 237-239.

⁴⁵ *PLRE* I, 345; *uid.* J. J. O'Donnell, *op. cit.*, 129-43.

asuntos de una aristocracia romana descontenta, cuyos intereses acaban entrelazándose a los de la aristocracia gala, una situación más evidente en la siguiente centuria⁴⁶.

La solución de Flaviano – en la que también los condicionamientos ideológicos del senador jugaron un importante papel – pasaba por ligar su propio destino político al de la usurpación. Pero tampoco se debe ver en ello una decisión a la desesperada o una huida hacia delante. Del abanico de opciones que podía manejar el senador, el apoyo al levantamiento no era en absoluto descabellado. Eugenio tenía ciertas opciones de éxito. Ya para vencer a Máximo, Teodosio hubo primero de solucionar su situación en el Este para concentrar todas sus tropas en la lucha contra el usurpador, al que venció tras la desertión de una parte de sus fuerzas, lo cual da idea de las dificultades que existían para lograr la victoria militar sobre el poder ilegítimo⁴⁷. Es más, según relata Orosio, los ejércitos de Eugenio y Teodosio estaban tan igualados que diez mil godos de Teodosio perecieron en la batalla⁴⁸. Pero lo que parece menos claro es que, de haber vencido, un régimen político como el que planteaban Eugenio y Arbogastes hubiera encajado y se hubiera afirmado sin sufrir alteraciones en un Imperio cuya evolución estructural parecía tener otro rumbo. Sin embargo, la propia debilidad de la usurpación podía ser una ventaja que atrajera a los senadores. En primer lugar porque el usurpador se veía obligado a ceder y conceder privilegios. Y además porque incluso en el caso de que la intentona fracasara, la conciencia de descontento que creaba en el gobernante legítimo favorecía nuevamente una situación de fuerza para los disidentes después, eso sí, de un período de ostracismo político como castigo. Algo que efectivamente había ocurrido después de la derrota de Máximo y que se manifestó en el abundante nombramiento de funcionarios paganos en los momentos posteriores⁴⁹. Por lo tanto, aunque su postura no fuera la más prudente, el cálculo de Flaviano no era tan erróneo como el desenlace puede llevar a

⁴⁶ J. Szidat, *op. cit.*, 495.

⁴⁷ Rufino (*HE* XI,17); Sozomeno (*HE* VII, 14); Sócrates (*HE* V,14); Zósimo (*NH* IV,45-46), por su parte Orosio (*H* VII,35,2) afirma que Máximo tenía incluso más tropas que Teodosio, seguramente en un intento por realzar la victoria de éste último.

⁴⁸ Orosio (*H* VII, 35,19). Evidentemente la afirmación de Orosio, no es nada desinteresada y ha de ser puesta en entredicho, pero es perfectamente posible que no existieran sustanciales diferencias entre ambos ejércitos.

⁴⁹ J. Matthews, *Western Aristocracies...*, 232-233.

pensar. Sin embargo, era incontrovertible que una declarada filiación como la del usurpador dificultaba, en caso de derrota, la posterior rehabilitación.

2. LA ADAPTACIÓN PARA LA SUPERVIVENCIA.

Finalmente los hechos fueron que Teodosio partió desde Constantinopla con un ejército compuesto por tropas romanas, *foederati* godos y mercenarios bárbaros, y en la Batalla del río Frigido, en septiembre de 394, venció a Eugenio y Arbogastes. La batalla adquirió, gracias a la historiografía posterior, el carácter de *Glaubenskampf*, agonía trascendente entre el paganismo moribundo y el cristianismo redentor. Pero a pesar de las sugerentes evocaciones de las fuentes, la lucha apenas tuvo repercusión en la filiación religiosa de las elites al servicio del Imperio⁵⁰.

El final de la contienda, eso sí, supuso el restablecimiento del orden legítimo y una vez más la necesidad de readaptarse a la nueva situación, en la que la desaparición del poder interpuesto limitaría mucho las posibilidades de negociación de la aristocracia. Para algunos – los que apoyaron a Eugenio o los tibios en mostrar su fidelidad a Teodosio – quedaba primero el doloroso trance de justificar ante el emperador legítimo su posición. Los senadores estaban en general acostumbrados a que sus errores se perdonaran, incluso en los casos en los que su posicionamiento hubiera sido claramente opuesto al gobernante vencedor. Esta gracia entraba dentro de la *clementia* imperial, no casualmente aludida con insistencia en la literatura aristocrática. Lo esperable era que, tras ser penalizados con un corto periodo de caída en desgracia, los senadores volvieran a recuperar su status en la vida pública del Imperio. Las tupidas redes de *amicitia* entre las clases altas del Imperio permitían que un senador bien situado tuviera las espaldas cubiertas cualquiera que fuese el resultado de la contienda porque contaba con contactos poderosos en ambos bandos. Pero también el propio poder fomentaba la recuperación de unos aristócratas que eran el colector de las lealtades del emperador. En esta ocasión además, la prematura muerte de Teodosio en enero de 395 ofreció nuevas alternativas, ya que el ascenso de Estilicón como verdadero *factotum* del Imperio Occidental permitía el juego de otras conexiones aristocráticas y explotar las debilidades de un poder nominal.

⁵⁰ J. Szidat, *op. cit.*, 506.

Independientemente de ello, la recuperación de las elites dependía de la estrategia que adoptara a partir del mismo momento de la derrota de la usurpación, pero también de cuál hubiera sido su actitud durante la misma. Una postura prudente y ambigua, como la que había mantenido Símaco en su momento, facilitaba mucho las cosas. Así, parece que a principios de 395 el senador había resuelto totalmente su situación con el nuevo régimen, a través de sus conexiones con familias galas que tendrán una enorme importancia a partir de este momento⁵¹. Vínculos como éstos son vías por las que Símaco llegaría en poco tiempo a establecer relaciones con Estilicón que serían de enorme provecho para él y para sus allegados, como su yerno Nicómaco Flaviano hijo. Ya en 397 el orador comenzó un intercambio epistolar con el general vándalo – aunque su primera carta no recibiera respuesta – que duraría hasta el momento de la muerte de Símaco, seguramente en el año 402⁵². Pero la relación entre ambos, como acredita la carta IV.2, venía ya de antes de la usurpación, y ni la convulsión política que ésta supuso ni el distinto posicionamiento respecto a la misma habían logrado romperla. La recuperación de Símaco, por tanto, se vio enormemente favorecida por la muerte de Teodosio poco después de su victoria y por el hecho de que el poder fuera detentado sólo *de facto* por Estilicón, lo que permitió al orador aprovecharse de las limitaciones de la situación formal del *magister militum* de Honorio⁵³.

Además, dentro de la indefinición que exigía su estrategia de cautela, el senador también había sabido cambiar de bando cuando la ocasión lo requirió. Así, mientras que en la carta II.81 enviada a Flaviano en 393 aludía a la generosidad de Eugenio, “nuestro señor y príncipe”, seis años más tarde en una carta (con la que pretendía rehabilitar a su yerno Flaviano) dirigida a Patruino y Petronio⁵⁴, se refería a Eugenio como *tyrannus* y a Estilicón como *praecelsus uir*. Lo que sí había permanecido, sin embargo, eran las amistades políticas de Símaco, independientemente de que la conveniencia política del momento los hubiera conducido a apoyar distintos bandos. Fue la persistencia y el arraigo de esta *amicitia* la que permitió la expiación de los

⁵¹ Símaco, *Epp.* IV. 17- 57 a los hermanos Protadio, Minervio y Florentino; J. Matthews, *Western Aristocracies...* 247.

⁵² Símaco, *Epp.* IV.1-14, *Vid.* J. Matthews, *Ibid.*, 260 y ss.

⁵³ *Vid.* J. Matthews, *Ibid.*, 260 y ss.

⁵⁴ Hermanos fervorosos cristianos y con altos puestos de responsabilidad en la administración de Honorio, posiblemente de origen hispano *uid.* *PLRE* II 843 y ss., 862 y ss. respectivamente.

pecados políticos y, en definitiva, la continuidad de su capacidad de influencia.

Por su parte Ambrosio, que durante la usurpación había abandonado Milán para no tener que tratar con Eugenio (o más bien para no definir su postura abiertamente), regresó a su sede en agosto de 394, cuando los ejércitos de Eugenio y Arbogastes habían salido al encuentro de las tropas de Teodosio. La maniobra encajaba perfectamente con la estrategia de Ambrosio, ya que ahora por fin se resolvería cuál de los dos augustos iba a reinar en solitario. Para cuando ello ocurriera, Ambrosio estaría de vuelta en su sede, dispuesto a negociar con él. Es posible que el obispo de Milán prefiriera a Teodosio, quien con las últimas leyes había confiado más abiertamente en las aristocracias cristianas, mientras que Eugenio había contraído deudas políticas con los paganos que le habían apoyado. De todos modos, parecía claro que, independientemente de quién venciese, éste no podría ignorar el poder de la Iglesia.

Además, Ambrosio estaba bien situado cualquiera que fuera el resultado. En este mismo año se había carteadado directamente con Eugenio, rompiendo su silencio, y aunque la carta conservada esté aparentemente cargada de reproches al régimen (posiblemente fruto de la reedición posterior), en realidad el tono de la misma la asimilaba más a la recomendación de un fiel consejero que al desplante de un disidente⁵⁵. Ambrosio sabía explotar perfectamente la atribución aristocrática de *parrhésia*, o libre ejercicio de la palabra, sin sobrepasar el umbral de confianza con el usurpador⁵⁶. Y lo mismo con el emperador, porque no en vano había sido él quien cuatro años antes había desafiado a Teodosio y lo había llegado a excomulgar, obligándolo a hacer una penitencia que se extendió hasta el Jueves Santo de 391. Un acto éste, que lejos de negarle el favor de Teodosio, había favorecido que la autoridad de Ambrosio saliera reforzada. Además, el obispo había dado muestras de fidelidad al bando legítimo, siendo él quien iba a bautizar a Valentiniano II y quien finalmente ofició su funeral.

La incertidumbre quedaría finalmente despejada cuando en septiembre de 394 el emperador hispano venció en la batalla del río Frígido. Seguramente Ambrosio había previsto que su postura no convencería a Teodosio, como tampoco había convencido en su momento a Eugenio. Pero precisamente ése

⁵⁵ Ambrosio, *Ep. ex coll.* 10 [Maur. 57]. *Vid.* n. 38.

⁵⁶ P. Brown, *Power and persuasion in late Antiquity: towards a Christian empire*, Madison 1992.

había sido el objetivo desde el principio, adoptar una actitud tan absolutamente ambigua que produjera los mismos efectos en cualquiera de los dos bandos.

Efectivamente, Teodosio debió de exponer al obispo su descontento por la postura ambigua que había demostrado durante todo el conflicto. Por ello Ambrosio se vio obligado a reiterar que en ningún momento había dudado que Teodosio libraría al Imperio *a barbari latronis immanitate et ab usurpatoris indigni solio*, y a asegurar que no había abandonado a su suerte la iglesia milanesa, sino que evitaba el contacto con *qui se sacrilegio miscuisset*⁵⁷. Teodosio debía de conocer perfectamente que las lealtades de la aristocracia no eran en absoluto eternas y toleraba, sin quedarle otro remedio, este tipo de flirteos con el usurpador. El emperador acabó dando por buenas las excusas de Ambrosio sobre su ausencia de Milán y su silencio epistolar. Al fin y al cabo, el augustus necesitaba ahora a estas elites, fieles o no, para reafirmar su poder.

De hecho, al mismo tiempo que le reprochaba su actitud, Teodosio había pedido a Ambrosio que se encargara de la ceremonia de acción de gracias por la victoria, una ocasión que el obispo supo manejar para obtener de ella beneficio. Así, incorporando la victoria militar a la eucaristía y enfatizando el carácter legítimo de Teodosio en tanto que ostentaba el poder delegado de Dios, Ambrosio creó una teología imperial en la que fe y victoria quedaban unidas por primera vez en la persona de Teodosio⁵⁸. Sin embargo, la centralidad del acto era asumida por el propio obispo, que era quien dispensaba y administraba la autoridad divina al emperador, como había puesto de manifiesto la penitencia de 391 y como ahora volvía a ser patente en la acción de gracias.

La estrategia de Ambrosio había sido todo un éxito y el obispo volvía a recuperar su *auctoritas* en el Imperio y en la Iglesia. Su posición de fuerza en el repuesto régimen legítimo queda de manifiesto porque Ambrosio aprovechó la carta enviada a Teodosio inmediatamente después de la victoria para apelar a la *clementia* imperial y solicitar el perdón para los culpables,

⁵⁷ Ambrosio, *Ep. ex. Coll.* 2 [Maur. 61], *uid.* N. B. McLynn, *op. cit.*, 353 y ss. J. H. W. G. Liebeschuetz, *op. cit.*, 215 y ss. En el *De fuga Saeculi*, Ambrosio comparará su huida con la de Moisés ante el faraón.

⁵⁸ S. Pricoco, "*Non regno sed fide princeps*. L'Imperatore Teodosio, Ambrogio e Paolino di Nola" en R. Teja y C. Pérez González (eds.), *Congreso Internacional La Hispania de Teodosio: Actas*, Segovia 1997, 207-215.

especialmente “aquéllos que han pecado contra ti”⁵⁹. Y todavía escribiría una vez más antes de que Teodosio llegara a Milán, reiterando su petición de perdón para aquéllos que se habían refugiado en la Iglesia⁶⁰. Tan pronto como había podido, Ambrosio – como después haría Símaco – explotaba los mecanismos tradicionales para la rehabilitación de los aristócratas, aunque en su caso con una cobertura ideológica nueva.

Esta rehabilitación se complicaba cuando la actitud no había sido de prudencia, sino de firme compromiso con el bando perdedor. Así Nicómaco Flaviano, que había sido el aristócrata más claramente alineado con Eugenio y Arbogastes, decidió suicidarse en el mismo campo de batalla al conocer la derrota. Flaviano había ostentado en este tiempo la prefectura del pretorio y posiblemente había sido él el principal responsable del revestimiento religioso del nuevo régimen⁶¹. En estos dos años se le atribuyen la celebración de ciertos cultos y fiestas paganos y la reposición del Altar de la Victoria.

De esta manera, la posición del viejo Flaviano había sido suficientemente expuesta como para comprometer su vida. Con sus actuaciones religiosas, Flaviano había dado argumentos a los que presentaban la batalla como un *Religionskrieg*, y éstas podían ser motivo de acusación de idolatría o maleficio, delitos públicos penados con la muerte. Por no hablar de su presencia en el campo de batalla, que podía implicar las acusaciones de *seditio* y *lesa maiestas*. No obstante, la elección del suicidio también tenía mucho de opción ideológica, de postrar desplante al cristianismo y de profesión orgullosa de los antiguos principios filosóficos.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que muchas de las actuaciones que se atribuyen a Flaviano serían excesos retóricos y exageraciones de la historiografía cristiana posterior, que usó la figura del senador para corroborar los lazos entre los usurpadores y el paganismo. Baste como ejemplo la cita con la que comienza este trabajo y con la que Paulino desprestigiaba al senador y justificaba de paso la actuación de Ambrosio en el contexto de la usurpación⁶². El suicidio de Flaviano vino a añadir un ingrediente fundamental a esta interpretación.

⁵⁹ *his qui etiam in te peccauerint*; Ambrosio, *Ep. ex. Coll.* 2 [Maur. 61], 6.

⁶⁰ Ambrosio, *Ep. ex. Coll.* 3 [Maur. 62].

⁶¹ Vid J. Szidat, *op. cit.*, esp. 499 y ss.; J. J. O'Donnell, *op. cit.*

⁶² *Vid.* n. 1.

Sin embargo, tras la batalla no hubo, que se conozcan, purgas entre los senadores. Al parecer Teodosio había optado una vez más por la *clementia* que insistentemente le había solicitado Ambrosio y que resultaba imprescindible para asegurar el apoyo de las elites. Incluso el hijo de Flaviano, que bajo Eugenio había llegado a prefecto de Roma, sería rehabilitado y volvería a desempeñar cargos tras un periodo de ostracismo político. Símaco pondría un gran empeño en recuperar a Nicómaco hijo, que era en este momento su yerno. La restitución del buen nombre y de la influencia de la familia era total en 399 cuando Estilicón llamó al joven senador a la inauguración del consulado de Manlio Teodoro⁶³.

Ello demostraba que las redes y los mecanismos de supervivencia de las elites eran perfectamente operativos. La aristocracia había sabido explotar en su provecho la dependencia mutua que existía entre ella y el poder, y se revelaba como un grupo cohesionado y capaz de hacer prevalecer los intereses de clase por encima de la competencia interna.

3. CONCLUSIONES

La aristocracia romana estaba sacudida por tensiones provocadas por la competencia por el poder, las cuales ejercían de fuerza disgregadora dentro del grupo. Estas tensiones estaban en la base (entre otras razones) de las usurpaciones que convulsionaron el final del mundo romano. Al mismo tiempo, el surgimiento de poderes ilegítimos obligaba a la aristocracia a definir sus filiaciones y a tomar partido por uno de los dos bandos, haciendo patentes estas tensiones. Sin embargo, una postura muy común –que a la larga era la más ventajosa– era mostrarse cauto, sin cerrar ninguna alternativa hasta que se clarificase el panorama político. Ello, como ilustra el ejemplo de Símaco, no excluía negociar con el usurpador, que al menos durante su vigencia se convertía en el único referente de poder en la zona.

Por otra parte, como muestran los casos de Ambrosio y Nicómaco, no siempre fue posible mantenerse en un segundo plano y muchas veces los acontecimientos forzaban a tomar una posición más clara. Cuando esto ocurría, el riesgo de equivocarse de bando y apostar por el perdedor era alto, aunque incluso en estos casos un político debía saber como nadar entre dos aguas. La Iglesia proporcionaba aquí una mayor capacidad de maniobra al

⁶³ Símaco, *Ep.* IV.6 a Estilicón.

constituirse como una administración paralela a la civil y teóricamente independiente.

Además, equivocarse manifiestamente de bando tampoco significaba la muerte política del aristócrata una vez que el gobernante legítimo recuperaba el mando, porque el grupo de las elites estaba autorregulado por mecanismos de cohesión que velaban por la unidad y la supervivencia de los cuadros de la sociedad.

La rehabilitación dependía indudablemente de la habilidad política de cada uno, pero tanto o más importantes resultaban las relaciones de amistad política o *amicitia* y las conexiones familiares. Unas y otras consistían en extensas y enmarañadas redes que vertebraban las elites romanas, y que junto con los intereses de clase, ejercían de fuerza integradora en la aristocracia. Estas mallas prestaban asistencia independientemente del bando que las contingencias políticas hubieran llevado a apoyar. Así, aunque en la aristocracia operaba una suerte de selección natural darvinista que provocaba que, dentro de una competencia constante por los recursos, sobrevivieran los mejor adaptados y los más flexibles para acomodarse a las situaciones de cambio político; sin embargo estos mecanismos impulsaban la perpetuación del estamento oligárquico y la colaboración dentro del mismo.

A través del auxilio que proporcionaban estas redes se aseguraba la restitución de la influencia política de los que habían cometido un error de cálculo apoyando al perdedor. Así, la propia usurpación, que había sido causa y consecuencia de la división de la aristocracia, también ponía en marcha estos mecanismos de solidaridad y unidad.

Porque mientras las alianzas que se establecían con el emperador o el usurpador eran inestables y perecederas, y dependían de contingencias y de la conveniencia política más o menos perentoria; sin embargo, las alianzas dentro de la propia elite, aunque sacudidas por la feroz competencia y las fuerzas disgregadoras que ésta originaba, estaban trabadas por intereses de clase que pesaban más que la fidelidad al Estado o a las creencias religiosas. También el propio emperador favorecía la recuperación de unas elites que, aunque desafectas, eran su principal base social de apoyo, el centro de extracción de los cuadros de la sociedad y de la administración del Estado, y la instancia fundamental para canalizar las lealtades. En definitiva, el apoyo a la usurpación podía ser entendido como un exceso en la crítica política y en la *parrhésia*, atributos políticos por excelencia de la aristocracia. El emperador legítimo, por su parte, debía hacer gala de la *clementia* imperial, una virtud que lo diferenciaba de la crueldad del *tyrannus*. No es casualidad,

por tanto, que *parrhésia* y *clementia* se convirtieran en dos *topoi* insistentemente enfatizados en la literatura aristocrática.

La importancia de estos mecanismos queda suficientemente demostrada por el hecho de que el propio nieto de Arbogastes, del mismo nombre, llegará, setenta años más tarde y después de sortear innumerables usurpaciones, al puesto de *comes treverorum* tras haberse convertido convenientemente al cristianismo⁶⁴.

Todo ello lleva a relativizar la idea de una aristocracia fracturada a consecuencia de la convulsión y del cambio político, y a poner en entredicho las enconadas batallas retóricas que tienen lugar en estos contextos. Asimismo plantea una reflexión sobre las estrategias de las elites en el futuro de agitación política en la Roma del siglo V, una reflexión que resulta sugerente extender hasta el presente más inmediato.

Resumen

La usurpación de Eugenio (392-394 d. C.) fue interpretada por la historiografía cristiana como la definitiva victoria del cristianismo sobre el último intento de revivir el paganismo decadente. Investigaciones más recientes han puesto de manifiesto cómo la aristocracia se escindió más por el cálculo político que por motivos religiosos. El objetivo de este artículo es poner de manifiesto cómo, paradójicamente, estos procesos de convulsión política ponían en marcha mecanismos para mantener la unidad de las elites y asegurar su supervivencia.

Abstract

Eugenius' usurpation (392-394 A.D.) has been interpreted by Christian historiography as the ultimate victory of Christianity over the 'last pagan revival'. More recent researches have demonstrated that the causes of the division of the aristocracy were mainly of political rather than of religious nature. The aim of this article is to emphasise how, paradoxically, political disrupting processes imply mechanisms working for the unity and the survival of these *élites*.

⁶⁴ PLRE II, 128-129; *uid.* J. Matthews, *Western Aristocracies...*, 247; Arbogastes nieto desempeña un cargo de tradición romana, paralelamente situado dentro de la esfera de Syagrius, *uid.* A. Loyer, *Sidoine Apollinaire, II, Lettres (livres I-V)*, París 1970, 230, n.7.